

Sangra la noche

Vickie Taylor

Traducción de
Victoria Martín
Talismán

Capítulo 1

Connor Rihyad velaba el cuerpo de Nathan Cross. La sangre caliente impregnaba sus manos y el frío odio invadía su corazón. Arriba, las nubes grises se aglutinaban en el cielo negro mate de Minnesota. Abajo, la superficie sedosa del río Whiteface ondulaba lentamente. Sobre el antiguo puente de armazón que se advertía justo en medio, el aliento de Connor se congeló en el aire y tuvo la sensación de que, cada vez que respiraba, escupía cristales de hielo.

De niños, él y Nathan habían sido amigos. A medida que iban pasando los años, Connor envidiaba cada vez más la posición de ese hombre como futuro líder de su pueblo y lo acabó despreciando por sus ideales, por el controvertido conflicto interno que Nathan había provocado en su congregación. Pero nunca pensó que sería necesario matarlo. Nunca se había imaginado que dos miembros de la misma especie tuviesen que matarse el uno al otro.

Había errado.

Sacudiéndose pensamientos de arrepentimiento, cerró los puños, todavía salpicados por la sangre pegajosa de su hermano, y entornó su cara al viento. El olor a cobre que impregnaba el ambiente había revuelto a la bestia que llevaba dentro, pero la brisa amarga retuvo al monstruo hasta una salida posterior. Todos decían que hacía bastante calor para ser invierno en Minnesota. Casi no había helado durante el día y la capa de hielo del río era fina como el papel. Pero Connor temblaba al ver esa agua helada. Si hacía calor para ser invierno, no quería pasar una temporada fría en ese lugar.

Para muchos, el infierno es un lugar abominable, pero el mayor castigo para Connor era pasar toda la eternidad en una región ártica helada donde nada viviera, nada creciera.

Un lugar parecido a ese paraje rural que estaba divisando.

Paseó su mirada por toda la superficie del río, la orilla, los campos nevados y el caserío apenas visible de la montaña. El tejado de metal del enorme granero brillaba tenuemente al absorber una pequeña ráfaga de luz lunar. Dos silos de cereal se advertían como centinelas en medio de la noche.

Allí vivía gente sin conciencia, sin moral. Pero eran muy

poderosos. Se habían sacudido la telaraña de la obligación que había constreñido a sus gentes (a su congregación) durante milenios. Habían conseguido controlar su propio destino.

Nunca más serían sirvientes de la frágil raza humana; serían los amos y él estaba a punto de convertirse en uno de ellos: el asesinato de Nathan Cross era el precio que debía pagar por su admisión. Una gran muestra de lealtad.

El viento le erizó el pelo. Mechones negros se desplomaban encima de sus mejillas, tapándole los ojos. Movi6 los labios, pero de su boca no sali6 el m6s m6nimo sonido.

No hac6a falta decir nada. O6a las voces en su cabeza. Miles de voces acumuladas a lo largo de milenios se alzaban para unirse a la suya en un c6ntico ritual.

E Unri almasama

E Unri almasama

Connor sinti6 un escalofr6o penetrante; ten6a las extremidades tensas y los huesos estaban a punto de estallar. Sus m6sculos r6gidos cedieron y cay6 de rodillas al lado de Nathan. Estaba a punto de contemplar la desgracia y la belleza de la gente, el despertar de la bestia interna. Sus ojos se llenaron de l6grimas y se entreg6 al dolor. Ya era uno m6s de *Les Gargouillen*. Una g6rgola. El dolor ya no importaba; tan solo la misi6n. El objetivo.

Calli, Calli, Callio

Las palabras retumbaban en su cabeza como una comparsa de tambores. La sangre se condensaba con cada latido. El ritmo decreciente le hizo bajar los brazos poco a poco. Los huesos se iban apartando, concedi6ndole espacio al ascenso, y se escindieron. H6mero, radio y c6bito se dividieron, rotando hacia los hombros como los radios de una rueda al girar r6pidamente, y su piel se fue oscureciendo y volvi6ndose correosa. La mand6bula y la cara ya le sobresal6an y la frente se fue doblgando hacia atr6s.

Somara altwunia paximi

Transformaci6n completada. Descans6 un momento y se levant6, no como hombre, sino como creaci6n m6gica hecha a imagen de la criatura m6s vieja de la tierra. Un pterod6ctilo; una bestia prehist6rica con alas de murci6lago pero mucho m6s grande, pico serrado y garras afiladas capaces de desgarrar la espina dorsal de cualquier humano.

Levant6 la cabeza y volvi6 a admirar el caser6o desde la distancia, esta vez con ojos enormes de bestia. Solo su aliento medio asfixiado quebraba el silencio de la noche.

Ya divisaba su misi6n. Su objetivo.

Extendi6 las alas, alete6 una vez y se zambull6 en la noche profiriendo un grito animal. Era su grito de depredador. Su reto. El ruido atronador rebot6 en el aire y provoc6 una onda expansiva muy superior a la capacidad auditiva del ser humano.

Sólo *Les Gargouillen* podían oír el grito. Sólo *Les Gargouillen* podían responder.

Apenas transcurrieron unos segundos y ya se les oía: búhos sacudiéndose el musgo congelado y el crepitar de la hierba frágil y quebradiza mientras un reptil se deslizaba por la nieve.

Los huéspedes se organizaron formando un semicírculo en el extremo del puente, algunos mantenían su forma humana y otros eran amalgamas de bestias de todo tipo: modernas y prehistóricas, reales y míticas. Todas observando con recelo.

Connor se transformó en humano. Con los puños cerrados y el torso rígido, miró de frente a todos los hombres o animales que ante él se desplegaban.

—He hecho lo que me has pedido —anunció—. Te he traído al hombre que mató a uno de los tuyos. Ahora te toca a tí cumplir tu parte de la promesa.

Devlin, un hombre fornido de cara redonda y cuerpo aún más redondo, uno de los más grandes y desvergonzados hijos de puta que Connor había conocido nunca, dio un paso al frente. Fue la primera gárgola con la que Connor contactó cuando se acercó a la congregación de Minnesota para pedirles su aceptación y, en cuanto lo conoció, sintió unas ganas tremendas de abortar la misión.

—¿Es él? —preguntó Devlin, mirando el cuerpo que Connor sostenía con el pie.

Connor empujó el torso de Nathan con el pie, le dio media vuelta y lo puso boca abajo. La sangre de su camisa había pasado de ser espesa a convertirse en una masa negruzca y gelatinosa.

—Este es el que asesinó a tu hermano —respondió Connor—. Castradle y rebanadle la garganta.

Devlin arrugó las cejas pobladas.

—¿Cómo sé que no me engañas?

—Te enseñé el recuerdo si quieres. Yo estuve allí.

Connor no podía comunicar ese recuerdo con palabras ni con telepatía directa. Ni él ni ninguno de los de su congregación, pero podía limpiar los pensamientos, una habilidad muy útil para la lucha. Podía, también, transmitir imágenes e, incluso, recuerdos. Le enseñaría a Devlin la muerte de su hermano si hacía falta, aunque suprimiría la escena en la que él mismo (y no Nathan) mataba al segundo minesotano que atacó la escuela. Si no realizaba este corte de secuencia, la operación sería un fracaso.

Seguía sin entender por qué las dos gárgolas habían entrado en St. Michael's, la escuela donde *Les Gargouillen* de Chicago educaban a sus hijos. La única explicación era raptar a esos niños. Connor se había volcado en cuerpo y alma en investigar los movimientos de esos dos intrusos. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían hacer con los niños?

Había aprendido algo que sobrepasaba la importancia de

todo lo ordinario. Las gárgolas nacen con dos insignias forjadas en la mente y en el alma e impuestas por la magia antigua que las creó: la protección de la humanidad y la propagación de la especie.

Nunca, en sus diez encarnaciones, había conocido a una gárgola que renegara de sus principios. Incluso Nathan, que había jurado no engendrar ningún hijo en la vida (abdicando, así, de sus derechos de reencarnarse), había cedido finalmente y se había unido a una mujer. Era el ciclo natural.

No era, sin embargo, normal que una gárgola permaneciese con la mujer después del nacimiento del niño, como Nathan.

Cuando nacía un niño, la gárgola se quedaba con él y abandonaba a la mujer. Las hijas también eran rechazadas.

La magia de las gárgolas no era heredada por las mujeres; las hijas no tenían nada que hacer y, cuando nacía un niño, la madre no entendía el origen de esas garras o el nacimiento de esos cuernos desde la mismísima cuna.

Les Gargouillen era y tenía que ser una comunidad masculina. Al menos, esa había sido la esencia de la congregación hasta que Nathan Cross difundió sus novedosas ideas sobre la aceptación de mujeres.

Incluso esa idea era más razonable que el nuevo postulado minnesotano de dejar desprotegidos a los humanos. Se estaban alimentando, además, de la gran raza que una vez juraron proteger. Sintiendo un advenimiento de bilis por la garganta, Connor arrancó de su mente una imagen de la lucha entre Nathan y el hermano de Devlin, pero notó cómo la gárgola rechoncha rechazaba esa entrada visual.

Devlin escupió con rabia. Sus brazos se iban ensanchando y la piel se estiraba para revelar una maraña de pelaje marrón; los dientes y las uñas le crecían mientras iba adquiriendo apariencia de oso, la misma forma bajo la cual se había ocultado su hermano cuando atacó la escuela. El hombre-oso dio un paso al frente y lanzó un gruñido.

—Quizá más tarde. Antes, me gustaría desgarrarlo con mis propios dientes.

—¿A esta cosa asquerosa? Te entrarán arcadas con su carne putrefacta.

Connor esbozó una sonrisa maliciosa y empujó el cuerpo cuidadosamente con el pie para dejarlo caer del puente. El río se tragó a Nathan con un crujido helado y un zambullido persistente y sereno, un destino desfavorable para una vida que había creado tanta controversia y división en su propia congregación. Devlin lanzó un quejido al aire. Connor caminó lentamente hacia él.

—He hecho lo que me pediste —le repitió—. ¿Acepta ahora el Consejo de la congregación de Minnesota de *Les Gargouillen* mi petición de entrada?

—¿Consejo? ¡Nosotros no tenemos esa memez! Y, ya que me has interrumpido la cena, lo mejor es que te devore a ti. Connor sintió una náusea en el estómago. Hace años, había oído muchas historias sobre *Les Gargouillen*; le habían explicado que se convertían en bestias fuera del campo de batalla; que vivían, cazaban y comían para deleitarse con la sangre. Hasta ese momento, pensaba que eran cuentos de miedo inventados para atemorizar a los más pequeños.

En seguida le empezaron a crepitar huesos y ligamentos y sintió el Despertar de su propia bestia, mostrando únicamente parte de su rostro humano para poder hablar. Veinte centímetros de afiladas garras se extendieron ante él.

—Inténtalo —respondió con voz desafiante.

Un hombre delgado con cabello rubio ceniza y bigote, de buen porte y aire elegante (¡Jackson! Connor en seguida lo reconoció) que parecía ser el líder informal, avanzó un paso por delante de Devlin dándole una palmadita en la espalda y presionando su hombro mullido.

—Tranquilo, Dev. Este representa sangre fresca para la congregación.

El hombre de cabello rubio ceniza siguió avanzando.

—¿Sabes dónde han escondido a los niños los de Chicago desde que se quemó la escuela?

—No he tenido mucho tiempo de hablar con nadie.

Devlin frunció el ceño.

—No le creo.

—La confianza se gana poco a poco.—Jackson miró hacia la profundidad del agujero negro que interrumpía el agua helada—. Y, de momento, ha dado un primer paso para que empecemos a confiar en él.

—Sigue sin gustarme —masculló Devlin.

—No te tiene que gustar a ti. —La voz de Jackson se volvió más áspera—. Nos limitamos a acatar órdenes.

Connor reprimió una reacción adversa ante ese último comentario.

«Órdenes». O sea, que el bando de los desertores no tenía consejo pero sí existía una estructura de control por encima de Jackson. Sentía una profunda curiosidad por saber quién era el líder y dónde se hospedaba (y, por supuesto, quería conocer su decálogo entero de órdenes). ¿Qué estarían tramando? ¿Por qué habían intentado llevarse a los niños?

Jackson alzó los brazos, intentando abarcar el paisaje invernal.

—Bienvenido a la tundra, Connor. —Bajó los brazos—.

Aquí encontrarás refugio.

Una ráfaga de indecisión (bueno, de miedo) le mantuvo hierático por un instante. El cebo era bastante atractivo: toda una vida dedicada a uno mismo sin tener que servir a una raza de humanos desagradecidos que ni siquiera saben que existes. Era, también, muy peligroso.

Tomó aire e intentó deshacer la tensión de los hombros. Había hecho una promesa y la había sellado con la sangre de sus manos.

También era consciente de que Devlin y sus amigos le dejarían escapar. Había atravesado el umbral, ya no había vuelta atrás, así que caminó con la frente alta hasta el final del puente. Tras echar un vistazo a las aguas negras y heladas que engullían el cuerpo de Nathan Cross, próximo Jerarca de la congregación de Chicago *Les Gargouillen*, movió enérgicamente las piernas para reactivar la circulación, se frotó las manos y caminó hacia el caserío junto a su nueva hermandad. Esa noche todo estaba preparado.

Mara Kincaide trabajaba silenciosa y con la mirada baja, pero no se le escapaba ningún movimiento mientras iba recogiendo los platos sucios de la mesa del salón. Una mesa repleta de hombres. Estaban bebiendo más de la cuenta; les tocaba celebrar la llegada de ese chico nuevo de media melena ondulada y cicatriz en las mejillas cuyos ojos no transmitían una mezcla de alcohol y hedonismo, como era de esperar. Era diferente. Era más humano por su manera de musitar un «gracias» cuando ella le servía la cena y por esforzarse por masticar con la boca cerrada.

Mara sentía cierta curiosidad por saber de dónde venía y por qué había acabado en un sitio como ese, pero no le dio más importancia. Su procedencia era lo de menos. Para ella, era otro monstruo en esa casa del terror.

Las carcajadas de esa panda de matones resonaban bien alto; disfrutaban de chistes verdes, desparramaban la cerveza al brindar torpemente, pero a ella ya todo le era indiferente. Como mínimo, había podido estirar las piernas después de llevar seis días encerrada en una jaula. Podía disfrutar de unos minutos de recreo para inspeccionar los cuartos, salidas y accesos del caserío; podía maquinar un plan aunque tuviese que seguir soportando el magreo incesante de su culo y entrepierna cuando servía a esos zánganos como si fuese su criada.

Al menos solo se encargaba del trabajo de la cocina. Tenía la sensación de que las mujeres obligadas a «trabajar» arriba habían sido forzadas a realizar actos mucho más degradantes que recoger pilas de platos con costillas roídas.

A pesar de la bocanada de aire caliente que salía de la chimenea de piedra, se le heló la sangre.

Había llegado la noche esperada.

Salió de la cocina para recoger otra tanda de platos; se secó las manos en el delantal y deslizó la mirada hacia la ventana. Por lo que había visto, el caserío era enorme y las ocho o diez dependencias que lo rodeaban eran aún más grandes. Llegó a la conclusión de que, en una época anterior, habría estado habitado por presos jornaleros, enviados allí por un sistema penitenciario

que habría preferido hacerles trabajar que encerrarlos en celdas asfixiantes donde solo iban a aprender nuevas formas de delinquir. O eso o el caserío había albergado a alguna comuna. Pero allí no había cultivo ni ganadería. Eso era un campo de esclavos y ella era una más.

Tenía que escapar. Esa noche. No podía esperar más.

Acabó de maquinarse el plan en su mente mientras recogía la última pila de platos: tenía que recorrer el ala oeste del caserío para llegar a la granja, desde la canaleta hasta el corral, y atravesar la parte trasera del gallinero. Ella y las demás cubrirían el cerco de alambre de púas con mantas para trepar sin pincharse. Cuando pisasen la ladera, podrían encaminarse hacia el río sin ser vistas. Ojalá.

—Oye, tú. —Un hombre calvo que la llevaba observando muchos días y cuyo nombre no recordaba por voluntad propia la agarró del brazo. La brusquedad del movimiento la hizo sobresaltarse y la pila de platos cayó y reventó en el suelo. El puré de patatas fue a parar a sus muslos.

—Pero ¿qué haces? —gritó, mirándose el pantalón.

Las otras dos mujeres que estaban limpiando en el salón corrieron a refugiarse en la cocina, huyendo como un gato del agua.

Mara se arrodilló en seguida para recoger los añicos. El corazón le palpitaba con fuerza.

El hombre calvo se restregó con fiereza la mancha de los pantalones y le propinó una bofetada, haciéndola rodar por el suelo. Tenía todo el rostro salpicado de grumos de patata, que caían lentamente mientras Mara esperaba la siguiente bofetada certera. El más mínimo movimiento empeoraría las cosas. Las pequeñas muestras de desobediencia se castigaban muy duramente en ese lugar y, si intentaba esquivar el puñetazo, se tendría que preparar para lo peor.

Percibió muy claramente la mano de ese hombre levantándose en el aire, pero el bofetón nunca llegó. En su lugar, se oyó un impacto muy extraño de manos. Instintivamente, miró hacia arriba, aunque en esos casos lo mejor era siempre bajar la mirada.

El chico nuevo lo tenía cogido de la muñeca. Sus miradas masculinas se retaban mutuamente. Mara aguantó la respiración, esperando la explosión de una reyerta para aprovecharla y esfumarse. No sería la primera que habría contemplado en ese lugar.

—¿Y así tratáis a las mujeres? —preguntó el chico nuevo.

Tenía la mandíbula tensa.

—Sí —masculló el calvito.

Mara estaba encogida en el suelo con las manos en los tobillos.

El chico nuevo exhibía una expresión sombría. La cicatriz que le invadía la mitad del rostro se enrojeció. Se agachó para

mirar a Mara; contempló las curvas de su cuerpo, examinando su piel y advirtiendo el temblor de sus brazos antes de volverse de nuevo hacia el calvito.

—¿Es tuya?

—Es de todos. —Eructó y se rió entre dientes—. Aquí lo compartimos todo. ¿Por qué? ¿La quieres tú?

—Sí, creo que sí. Pero no me gustan marcadas. —Lentamente, fue apartando los dedos de su piel e impuso una distancia—.

Y no la quiero compartir.

Tras un incómodo silencio, el calvito soltó una risita tonta que dio paso a unas cuantas carcajadas. Agarró del hombro al chico nuevo y le dio un puñetazo amistoso que estuvo a punto de derribarlo.

—Tú y yo nos vamos a llevar bien...

Las carcajadas empezaron a extenderse entre todos, que se habían levantado de sus asientos para asistir a ese momento de nerviosismo, y volvieron a sentarse mientras la tensión se diluía tan rápidamente como se había creado.

Mara fue reuniendo los trozos de cerámica en el delantal y se precipitó hacia la cocina después de mirar de soslayo al chico nuevo, cuya mirada era fría, pero tan penetrante como cuando se había enfrentado al calvito. Notó sus ojos clavados en su espalda cuando entró en la cocina.

Transcurridas unas horas, ya se encontraba en el sótano.

Aprovechando el silencio aparente, se escondió debajo de la manta que le habían proporcionado y sacó el tenedor que había robado el día anterior: su primer día en la cocina. Le había doblado todos los dientes excepto el del medio y lo había ido afilando poco a poco hasta obtener la forma deseada.

Sus captos eran increíblemente ingenuos. Ni siquiera iban a vigilar a las mujeres cuando estas acababan sus faenas y corrían hacia la prisión del sótano. El plan de huida había sido terriblemente fácil de diseñar. Ni se les pasaba por la cabeza que un hatajo de mujeres les pudiera desafiar.

Se llevó la mano al rostro para comprobar que le había salido un morado.

Esos idiotas estaban a punto de recibir una buena lección de cabreo femenino.

Aguantó la respiración y, comprobando de nuevo el silencio reinante, clavó el tenedor en la cerradura de la jaula de metal.

En seguida oyó el ruido del cerrojo al ceder.

Tardó dos minutos en salir. Quizá menos. Si se hubiese imaginado su vuelta al pueblo, habría tardado menos aún.

Cuando venció la rigidez del cerrojo, sus ojos se llenaron de lágrimas de alivio. Se sorbió la nariz. Palpando las bisagras de resonancia aguda y caprichosa, se fue moviendo por todo el espacio, repleto de jaulas alineadas como la suya.

Esa noche todo estaba listo. Era muy extraño que no se hubiesen

subido a alguna chica para acabar de culminar una noche de borrachera, pero ya tenían suficiente con arrastrarse por el suelo dado su tremendo estado etílico.

Por suerte, estaban todos dormidos. Primero las sacaría a todas y después saldría ella. Pero no tardó en descubrir qué le había pasado a Angela.